Rudolf Steiner

REENCARNACIÓN Y KARMA

Reïnkarnation Und Karma, Vom Standpunkt Der Modernen Naturwissenschaft Notwendige Vorstllungen, 1903



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA
“Colección Antroposofía”

REENCARNACIÓN Y KARMA
Conceptos que se imponen del punto de vista de la ciencia natural moderna

ÍNDICE

Capítulo I
Reencarnación y Karma, *página 3.*

Capítulo II
¿Cómo Obra el Karma?, *página 21.*

Comentarios del Autor, *página 32.*

CAPÍTULO I
REENCARNACIÓN Y KARMA

Francisco Redi, biólogo italiano, fue juzgado como peligroso hereje, por la ciencia dominante en el siglo XVII, porque dijo que hasta los animales más primitivos se originan por reproducción. Apenas se salvó del destino de mártir que sufrieron Giordano Bruno y Galileo; pues los fieles a la ciencia de aquella época creían que las lombrices, los insectos y hasta los peces se engendraban del barro sin vida. Redi no sostuvo otra cosa que no sea hoy plenamente reconocida, es decir, que vida se origina de vida. Él cometió el pecado de conocer una verdad dos siglos antes de que la ciencia encontrara sus "irrefutables" pruebas. Desde las investigaciones de Pasteur ya no se admiten dudas de que la ciencia estaba equivocada al suponer que seres vivos pudiesen nacer por generación espontánea de la sustancia sin vida. Los gérmenes de vida que penetran en esta sustancia, escapaban a la observación de aquel entonces. Por métodos seguros Pasteur impidió que penetrasen gérmenes de vida en sustancias en que suelen abundar los microorganismos y con esto ya no hubo ni rastro de vida. De manera que un ser vivo no nace sino de un germen viviente. Redi tenía plena razón.

El antropósofo se encuentra hoy en una situación parecida a la del pensador italiano. En razón de sus conocimientos debe sostener con respecto al alma lo que Redi sostenía con respecto a la vida: El alma proviene del alma; y si las ciencias naturales avanzan en la dirección que han tomado desde el siglo XVII llegará el día en que por sí mismas arribarán a idéntica conclusión. Las ideas antroposóficas — y esto ha de destacarse siempre de nuevo — se basan en los mismos fundamentos del pensar que condujeron a las ciencias naturales a la afirmación, que los insectos, lombrices y peces, no se forman de lodo, sino de gérmenes vivientes. La ciencia antroposófica sostiene su proposición: "Toda alma tiene su origen en lo anímico", en el mismo sentido y con el mismo significado con que las ciencias naturales sostienen la suya: "Toda vida se engendra de otra vida". *****

Las costumbres del siglo XVII han cambiado, pero el modo de pensar en que se basan las costumbres no ha cambiado esencialmente. Por cierto, los medios aplicados a los herejes en el siglo XVII se condenan hoy como inhumanos. A los antropósofos no se los amenaza con la hoguera; se considera

suficiente el restarles importancia declarándolos mentes ilusas, poco claras. La ciencia común los ridiculiza. En lugar de la ejecución por la inquisición, existe la nueva ejecución por el periodismo. Mas los antropósofos mantienen la frente alta y se consuelan porque saben que vendrá el tiempo en que podrá oírse, de algún Virchow quizás: "Hubo un tiempo — que por suerte hemos superado — en que se creía que el alma se forma espontáneamente, debido a ciertos procesos físicos y químicos que se producen en el cerebro. Esta idea es pueril para un investigador serio que dice: ***En todos los casos lo anímico tiene su origen en lo anímico***". Y el coro de los esclarecidos periodistas — siempre que el mismo periodismo no sea considerado entonces como un juego pueril — escribirá alguna vez: "El genial investigador «X» entró en la arena para luchar por la ciencia psicológica y terminar con la superstición de las ciencias naturales mecánicas que aún celebraban grandes triunfos en la convención de naturalistas del año 1903, donde se expusieron las teorías del químico Ladenburg de Breslau".

Pero no debe caerse ahora en la ilusión de creer que la ciencia espiritual quiere ***demostrar*** sus verdades sobre la base de las ciencias naturales. Lo que hay que destacar en cambio, es que la ciencia espiritual observa la misma actitud científica que las verdaderas ciencias naturales. Sólo que el antropósofo realiza en los dominios de la vida anímica, lo que el naturalista trata de lograr en el dominio de los sentidos físicos. ***Ninguna contradicción*** puede existir entre las dos ciencias. Si el antropósofo aclara que las leyes que él establece para la vida del alma, tienen su vigencia correspondiente en el ámbito de los fenómenos naturales, lo hace porque sabe que la inquietud humana del conocimiento sólo se halla satisfecha si verifica el imperio de la armonía y no de la contradicción entre las diferentes esferas de la existencia. Las personas que hoy en día buscan realmente la verdad y el conocimiento, también conocen las ideas científicas más corrientes. Éstas están, por decirlo así, en el aire. Las secciones culturales de los periódicos informan al público instruido y no instruido sobre la evolución desde los seres animales inferiores hasta los superiores y sobre el profundo parentesco del hombre con el mono, y los sagaces periodistas no se cansan de repetir a los lectores cómo deben pensar acerca del "espíritu" en esta gloriosa época del "célebre Darwin". Pero no es frecuente que agreguen asimismo que en la obra principal de Darwin también puede leerse lo siguiente: "Yo creo que todos los seres orgánicos que hayan vivido en la Tierra alguna vez, descienden de una forma primitiva, ***que recibió del Creador el soplo de vida***".

En una época como la nuestra es necesario que volvamos a destacar que

la Antroposofía no se satisface con el donar el soplo de vida y también el alma como lo hacen Darwin y muchos darwinianos; pero también que sus verdades no están en contradicción con los resultados de la verdadera ciencia natural. La Antroposofía no pretende llegar a los misterios de la vida espiritual sobre las espaldas de la ciencia natural; sólo quiere decir lo siguiente: "Si conocéis las leyes superiores de la vida espiritual, también las encontraréis verificadas en forma correspondiente, si descendéis al dominio donde podéis ver con los ojos y oír con el oído". La ciencia natural no contradice la ciencia espiritual, sino que es, ella misma, ciencia espiritual elemental. Haeckel logró tan hermosos resultados en lo tocante a la vida animal, porque aplicó a la evolución de la vida animal, las mismas leyes que los psicólogos habían aplicado ya, desde hacía tiempo, al alma. Si él no pensaba así, no importa: él no conocía las leyes del mundo anímico y tampoco conocía las investigaciones que se pueden realizar en este campo. La importancia de los resultados que él obtuvo en su campo, no se ve menguada por estas circunstancias. Los grandes hombres poseen las falencias de sus virtudes. Nuestro deber es mostrar que en el campo que le es propio, Haeckel no es otra cosa que ***antropósofo***. Los conocimientos de la ciencia natural contemporánea ofrecen otra ayuda más al investigador de la ciencia espiritual. Las leyes de la naturaleza física se evidencian fácilmente al ojo del observador. No ofrece dificultades comprender que una planta cambia al transplantarla de una región a otra. También es evidente que ciertos animales que inmigran a cuevas oscuras, han de perder la facultad visual. Si se muestra entonces cuáles son las leyes que rigen estos fenómenos, es fácil indicar un camino que conduce a la comprensión de las leyes menos obvias y tangibles de la vida anímica. Las ciencias naturales ofrecen las imágenes, podríamos decir, de las que puede servirse el antropósofo. Él debe mostrar, que las verdades antroposóficas pueden ser encontradas en su forma correspondiente dentro de la esfera de las ciencias naturales. La ciencia natural no es más que la ciencia elemental del espíritu, y el antropósofo debe utilizar las ideas de la ciencia natural para llegar desde allí a sus ideas de un plano superior.

Aquí podría hacerse una nueva objeción. Se podría decir, que el apoyo que la ciencia espiritual encuentra en la ciencia natural es muy dudoso, puesto que las ideas de esta ciencia misma reposan sobre un terreno por demás inseguro. Efectivamente, hay naturalistas que toman ciertos conceptos de Darwin como verdades indiscutibles, y otros que ya hablan de una "crisis del darwinismo".

Los primeros encuentran en la "omnipotencia de la selección de las

especies" que se efectúa en la "lucha por la existencia", la amplia explicación para la evolución de los seres vivientes; otros consideran que la "lucha por la existencia" es una de las enfermedades de la infancia de la ciencia natural moderna, y hablan de la "impotencia de la selección natural de las especies". Si se tratara de estas cuestiones particularmente controvertidas, sería mejor que como antropósofo uno no se ocupase de ellas y esperase un momento más oportuno para buscar una concordancia con la ciencia natural. Mas, en realidad, no se trata de estas cuestiones, sino del modo de pensar, de una cierta actitud fundamental en la forma de investigar propia de nuestra época, de ciertas líneas de conducta generales que se observan en todos los ámbitos, si bien las ideas en torno a ideas específicas difieren ampliamente de acuerdo con los distintos investigadores. Las ideas de Virchow y Haeckel sobre la "ascendencia del hombre", por ejemplo, son completamente contrarias; pero el antropósofo podría estar bien contento, si las personalidades competentes pensasen en una forma tan clara y precisa respecto de la vida del alma como piensan estos dos ***adversarios*** sobre lo que ellos, a pesar de toda desavenencia, consideran absolutamente seguro. Ni los seguidores de Virchow, ni los de Haeckel, buscarán ya el origen de las lombrices en el lodo sin vida y ni unos ni otros dudarán de la proposición: "la vida se origina en la vida", en el sentido anteriormente expuesto. En la psicología no se ha progresado hasta tal punto; ahí falta aún toda claridad sobre un punto de vista que pudiese compararse con semejantes convicciones fundamentales dentro de la ciencia natural. Quien quiera explicar la forma de una lombriz y su modo de vivir, sabe que debe estudiar el huevo de la lombriz y sus procreadores. Sobre lo demás pueden diferir las ideas o puede decirse que el tiempo aún no está maduro para formular ideas precisas sobre un aspecto u otro. ¿Dónde encontraríamos una claridad semejante en la psicología?. El estudio de las cualidades espirituales del alma ****** debería exigir la misma objetividad científica que el de las características físicas de la lombriz. Nuestros tiempos obedecen de tal manera a ***hábitos del pensar*** que muchas personalidades dedicadas a estos estudios ni quieren prestarse a considerar siquiera una exigencia como la mencionada. A lo sumo, se hace la concesión de que las cualidades psíquicas del hombre deben tener su origen ***en algo,*** igual que las físicas. Se pregunta: ¿Por qué pueden ser tan distintas las almas de un grupo de niños que crecieron y se educaron todos en las mismas condiciones de vida?. ¿Y por qué hasta mellizos criados en un mismo lugar por una misma ama, pueden tener cualidades anímicas tan diferentes?. También suelen citarse los mellizos siameses que estuvieron en "una situación tan incómoda a causa

de sus simpatías divergentes en la guerra civil norteamericana". Con todo esto no queremos negar que no se hayan hecho observaciones y estudios fundamentales en esta rama de la ciencia, de la cual se conocen trabajos muy importantes; pero éstos suelen hablar de la psiquis, como hablaría el naturalista acerca de la vida si buscase su origen en el lodo. Es absolutamente justificado buscar la explicación de cualidades psíquicas inferiores en la ascendencia física y hablar de herencia como en el caso de las características corpóreas; pero si se sigue la misma orientación en la observación de las cualidades anímicas superiores y del verdadero ser espiritual del hombre, entonces no se quiere abrir los ojos ante lo esencial. Se ha acostumbrado a tomar estas cualidades superiores del alma por un mero aumento, o sea un grado más elevado de las cualidades inferiores. De ahí se cree que uno puede darse por satisfecho con una explicación que se da en el mismo sentido para las cualidades anímicas humanas como para las animales.

No debe desconocerse que la observación de ciertas conductas anímicas de los animales superiores puede inducir fácilmente a pensar así. Los perros, por ejemplo, dan extrañas muestras de una fiel memoria; caballos que han perdido una herradura, van por sí solos, al herrero que suele herrarlos. Otros animales encerrados en una pieza, abren el picaporte de la puerta y otros hacen otras cosas asombrosas. El antropósofo reconocerá siempre, que las facultades animales pueden ser aumentadas en cualquier medida, pero ¿debe borrarse por esto toda diferenciación entre las características inferiores del alma que el hombre posee en común con el animal y las cualidades espirituales superiores que sólo son propias de él?. Esto sólo lo puede hacer quien está enceguecido por el prejuicio dogmático de una "ciencia" que ***quiere*** limitarse a lo meramente sensorial. Pensemos tan sólo en el hecho claramente comprobado de que los animales, aún los más evolucionados, no aprenden a contar y, por lo tanto, tampoco a calcular. Ésta es una verdad que ya las escuelas antiguas conocían como una de las más significativas para señalar la diferencia entre el hombre y el animal. Saber contar es la facultad más simple y trivial de las facultades anímicas superiores. Justamente por esto la nombramos, para señalar el límite donde lo anímico-animal linda con lo anímico-espiritual, lo humano superior. Nada más fácil que encontrar nuevas objeciones. En primer lugar podría decirse que lo que no pudo lograrse hasta hoy, puede ser logrado mañana, es decir: enseñar a contar a ciertos animales inteligentes. En segundo lugar puede alegarse que el cerebro humano está simplemente más desarrollado que el animal y que debido a esto se explica que el hombre ejecute acciones anímicas más elevadas. Nadie puede decir que no haya razón

en todo esto, la hay mil veces. Pero es lo mismo como si frente al hecho de que la vida tiene su origen en la vida, se volviese a objetar: Así es efectivamente, pero en la lombriz reinan las mismas leyes físicas y químicas que en el lodo, sólo de una manera más complicada. Si los hombres piensan penetrar con estas trivialidades en los misterios de la vida, habrá que dejarlos.

Hay personas que creen que no hay inteligencia más grande que la suya y no conciben que otra persona podría llegar a las mismas objeciones, si no las considerase demasiado fútiles. Nada puede decirse contra la afirmación de que todos los procesos ***superiores*** representan grados más avanzados de otros inferiores que puedan verificarse en el lodo; pero así como ninguna persona de conceptos claros cree hoy que la lombriz se forma del lodo, ***no puede*** tampoco reducir a un mismo esquema conceptual al alma animal y a la humana. Para explicar el origen de la vida debemos mantenernos en el reino de la vida; del mismo modo debemos mantenernos en el reino de lo espiritual-anímico, si lo queremos comprender según su origen.

Existen hechos que se pueden observar por donde quiera, pero que innumerables personas pasan por alto, sin prestar atención alguna; cierto día viene alguien y descubre en ese hecho a todos asequibles, una verdad de vastas consecuencias. Las oscilaciones de una lámpara colgada del techo de una iglesia, habrían inducido a Galileo al descubrimiento de las leyes del péndulo. Innumerables personas habían visto, antes que él, oscilar lámparas suspendidas, sin llegar a esa profunda observación. Lo importante es relacionar los pensamientos justos con lo que se ve. Existe un hecho accesible a todos y que, visto correctamente, arroja una clara luz sobre el carácter de lo espiritual-anímico. Este hecho es la sencilla verdad de que todo ser humano posee una biografía, pero no así el animal. Otra vez se dirá: ¿Acaso no puede escribirse la historia de un perro o de un gato?. Indudablemente, pero también existen temas de composición en que se pide a los escolares la historia de un lápiz. En cambio, en cuanto a la biografía, se trata de que ésta tiene con respecto al individuo humano, el mismo significado esencial que en el caso del animal corresponde a la descripción de la especie. En el mismo sentido que para comprender al león, me interesa la descripción de la ***especie de los leones,*** así también para conocer al hombre como una individualidad, estudio su biografía. Tratándose de una individualidad como Schiller, Goethe o Heine, no agoto el tema si los describo como pertenecientes al género humano, como lo hago referente al león, si reconozco en él un ejemplar de la especie. El individuo humano es mucho más que un ejemplar del género humano. Comparte las características genéticas con sus ascendientes físicos, del mismo

modo que el animal. Pero allí donde termina lo característico de su género, justamente empieza el modo de ser particular, su destino y su misión en el mundo, y donde comienzan estos últimos, termina toda posibilidad de explicación según el esquema de la herencia físico-animal. El cabello, la forma de la nariz de Schiller, y quizá también algunas expresiones de su temperamento pueden explicarse como cualidades correspondientes de sus antepasados, pero no así su genialidad. Lo que decimos aquí de Schiller, vale naturalmente para cualquier persona por más insignificante que parezca. Sea quien sea, siempre encontraremos expresiones anímicas y espirituales que no podemos encontrar del mismo modo en los padres y abuelos como, por ejemplo, el color de sus ojos o la forma de su nariz. Cierto es que Goethe dijo que del padre tenía la figura y su tono serio de vivir, y de la madre la naturaleza alegre y el amor a la fantasía y que por tal razón el "hombrecito" no poseía nada que fuera original. Nadie pretenderá, no obstante, explicar su genialidad por lo heredado de padre y madre, como se explica la figura y la conducta del león, en base a lo heredado de sus antepasados. Esta es la orientación que debe tomar la psicología, si a la proposición "toda vida se engendra de otra vida" quiere añadirle esta otra: "toda explicación de lo anímico ha de deducirse de lo anímico". Nosotros seguiremos esta orientación y mostraremos que, vistas desde esta perspectiva, las leyes de reencarnación y karma se presentan como ***consecuencias necesarias de las ciencias naturales.*** Es realmente extraño, que haya tantas personas que no quieren tocar el tema de la procedencia del alma por el temor de perderse en un campo inseguro del conocimiento. Ellas deberían tener en cuenta lo que dijo el gran naturalista **CARLOS GEGENBAUER** con respecto al darwinismo: Aunque la tesis de Darwin no pueda considerarse absolutamente correcta, fue sin embargo, una guía que condujo a otros descubrimientos, que no se hubieran logrado sin ella. Darwin expuso de un modo elocuente, la evolución de las formas de la vida, una de otra, y dio con esto el impulso para estudiar las relaciones mutuas de las formas. Aun aquellos que combaten los errores de Darwin, no deberían dejar de reconocer que el darwinismo dio ***luz*** y ***seguridad*** al estudio de la evolución vegetal y animal, y que mediante ellas penetró en dominios hasta entonces desconocidos de la Naturaleza. Los errores del darwinismo se corregirán solos, pero sin él, no conoceríamos sus consecuencias benéficas. El mismo punto de vista debería adoptarse frente a las ideas antroposóficas sobre la vida espiritual. Aunque no fuesen siempre absolutamente exactas, conducirían por sí mismas hacia la luz que ilumina los enigmas del alma, y no cabe el temor de la inseguridad. También ellas traerán ***luz*** y ***seguridad.*** Y

como estas ideas antroposóficas se refieren a nuestro destino espiritual, a nuestro designio humano, a nuestra misión más elevada, la búsqueda de esta claridad y seguridad debería constituir nuestro afán más importante en la vida. En este orden de ideas, el aspirar al conocimiento es también una exigencia moral, una absoluta obligación ética.

El libro "La creencia antigua y la nueva" de **DAVID FEDERICO STRAUSS,** aparecido en 1872, pretende ser algo así como una nueva Biblia para el hombre "esclarecido". La "nueva creencia" debe basarse en las revelaciones de las ciencias naturales y no en las revelaciones de la "creencia antigua", enterrada, según la opinión del nombrado apóstol del esclarecimiento. Esta nueva "Biblia" fue escrita bajo la impresión de las ideas del darwinismo, y su autor decía: "quien se cuente como yo entre los hombres esclarecidos, dejó de creer, ya antes de Darwin, en la «revelación sobrenatural» y sus milagros. Él sabe perfectamente que en la Naturaleza rigen leyes necesarias e inmutables, y lo que la Biblia relata como milagros serían alteraciones, intermitencias de estas leyes, y tales no puede haber. Las leyes naturales nos enseñan que los muertos no pueden resucitar, de modo que Jesús no puede haber resucitado a ***Lázaro.*** Pero — así prosigue nuestro eminente racionalista — nuestra explicación de la Naturaleza era incompleta. Conocíamos las leyes inalterables que reinan en el mundo mineral inorgánico, pero no pudimos formarnos una idea clara acerca del origen de las múltiples especies vegetales y animales, ni del origen del hombre mismo. Creíamos naturalmente que deberían existir las leyes naturales respectivas, pero no sabíamos cuáles eran, y cómo obraban. Por más que nos esforzáramos, no encontramos una verdadera razón para refutar la tesis de Karl von Linné, el gran naturalista del siglo dieciocho, que decía que en el reino vegetal y en el reino animal existen tantas especies como fueron creadas en el principio. ¿No significa esto la existencia de tantos milagros de la creación como existen especies de plantas y animales?. ¿De qué nos servía nuestra convicción de que Dios no pudo haber resucitado a ***Lázaro*** mediante un milagro, es decir, una acción sobrenatural dentro del orden de la Naturaleza, si, por otra parte, teníamos que aceptar innumerables milagros de la creación?. Pero entonces vino Darwin y nos mostró que las especies vegetales y animales se originan — igual que los fenómenos del mundo sin vida — por leyes naturales inalterables (adaptación y lucha por la existencia); y con esto se encontró el eslabón que faltaba en el conocimiento de la Naturaleza.

Esta convicción también inspiró estas otras palabras que David Federico Strauss escribió en su libro "La creencia antigua y la nueva": "Nosotros, los

filósofos y teólogos críticos pudimos hablar mucho sobre la inexistencia del milagro; nuestra afirmación caía en el vacío por no conocer las fuerzas de la Naturaleza que lo harían prescindible y actuaran en su lugar, allí donde más irreemplazable se presentaba. Darwin demostró la existencia de estas fuerzas, este proceder de la Naturaleza, y abrió las puertas por las que un dichoso mundo posterior arrojará para siempre los milagros. Quien conozca las implicancias del milagro, lo aclamará como a uno de los mayores benefactores de la humanidad".

Estas palabras trasuntan el sentir del triunfo. Y todos los que piensan y sienten como Strauss abrigarán esta "nueva creencia": Pequeñas partículas de materia sin vida se aglomeraron una vez, de manera que sus fuerzas inherentes formaron una sustancia ***viviente.*** Debido a leyes en sí necesarias, ésta siguió su evolución y formó los primeros seres más primitivos. Luego éstos también evolucionaron según leyes igualmente necesarias, desarrollándose las lombrices, los peces, serpientes, marsupiales, y por último los simios. Y como Huxley, el gran naturalista inglés, ha comprobado que la estructura corporal de las familias superiores de los monos es más parecida a la del hombre que a la de los monos más primitivos: ¿No hemos de deducir de ello, que el hombre mismo trae su origen de los monos antropoides, según las mismas leyes naturales?. Y ¿no existe acaso en los animales en forma rudimentaria, algo semejante a lo que llamamos inteligencia superior humana, y también lo que llamamos moral?. ¿No es lógico pensar que todas estas cualidades, tanto las físicas, como las intelectuales y morales fueron perfeccionándose en el curso de la evolución animal, hasta llegar a la altura humana?. Realmente, parece que no puede ser de otro modo, aunque tengamos que admitir que nuestros conocimientos de la Naturaleza aún son insuficientes para hacernos una idea detallada de la manera en que se desarrollaron las distintas fases de esta evolución; pero aquella ciencia tiene la convicción de que con el tiempo se descubrirían más y más hechos y leyes que conferirán a esta "nueva creencia" una base cada vez más sólida. Mas las investigaciones de los últimos tiempos no han traído pruebas tan sólidas para aquella teoría, sino más bien argumentos en su contra. Sin embargo, es muy popular todavía y constituye un gran obstáculo para todas las ideas nuevas. No cabe duda: si David Federico Strauss y sus correligionarios están en lo cierto, es absurdo hablar de leyes espirituales superiores de la existencia y la "nueva creencia" sólo debería construirse sobre los fundamentos que estas personalidades reconocen como resultados verdaderamente científicos.

Pero en todas estas teorías hay algo que debe llamar la atención del

observador desprejuiciado que estudia las ideas de los discípulos *de* la "nueva creencia". Y esta circunstancia se presenta como insoslayable, sobre todo al considerar el pensamiento de los que conservaron cierta medida de desprejuicio frente a las afirmaciones tan henchidas de convencimiento de los racionalistas ortodoxos. En las convicciones de estos neo-creyentes existen rincones escondidos; y si logramos descubrir lo que se encuentra en ellos, se iluminarán los ***verdaderos*** resultados de la ciencia natural moderna, mientras que las opiniones acerca del hombre abrigadas por los profesantes de la "nueva creencia" palidecerán. ******* .

Iluminemos entonces algunos de estos rincones escondidos y dirijámonos a la personalidad más destacada y venerable entre los neo-creyentes, Haeckel, que en su "Historia natural de la creación", dice: "Si comparamos el alma del animal más desarrollado con la del hombre primitivo, encontramos que entre ambas existe tan sólo una pequeña diferencia cuantitativa, pero no cualitativa; y ***esta diferencia entre el animal superior y el hombre primitivo es mucho menor que la diferencia entre el alma del hombre primitivo y la del hombre evolucionado,*** o entre los animales inferiores y superiores". Y ¿qué piensan los discípulos de la "nueva creencia" respecto a tal idea? Ellos dicen: Tenemos que explicar la diferencia de las almas animales inferiores y superiores sobre la base de leyes necesarias e inalterables. Estudiamos estas leyes y nos preguntamos: ¿cómo fue posible que de las almas animales primitivas se desarrollaran almas superiores?. Buscamos en la Naturaleza las condiciones necesarias para esta transformación y encontramos, por ejemplo, que los animales que inmigraron a las cuevas de Kentucky perdieron la facultad de la vista. Esto nos enseña que la vida en la oscuridad destruye la facultad visual. En los ojos ya no se producen los procesos físicos y químicos que tienen lugar en el ojo que ve. La corriente alimenticia que antes nutría los ojos se desvía hacia otros órganos y los animales sufren una transformación de su cuerpo. Si las transmutaciones son suficientemente grandes y variadas, dan lugar a nuevas especies. ¿Qué sucede en realidad?. La Naturaleza produce modificaciones en ciertos seres y estas modificaciones se observan luego también en sus descendientes. Se habla de ***herencia.*** Y así se explica la formación de nuevas especies vegetales y animales.

Y ahora siguen los nuevos creyentes el tren entusiasta de sus explicaciones. La diferencia entre el hombre primitivo y el animal superior no es muy grande, de manera que ciertas condiciones de vida deben haber producido transmutaciones en almas de animales superiores y de ahí se formó

el alma del hombre primitivo. El milagro de la evolución del alma humana fue desterrado para siempre de los templos de la nueva creencia — según los términos de Strauss — y de acuerdo con leyes "eternas y necesarias", el hombre fue integrado a la línea de los animales. El nuevo creyente está satisfecho y se retira a descansar; ya no ***quiere*** seguir adelante.

Un ***pensar sincero*** ha de molestarle en su descanso, porque alienta espíritus que él mismo ha llamado. Examinemos la proposición de Haeckel: ***"La diferencia entre los animales superiores y el hombre es mucho menor que la diferencia entre el alma del hombre primitivo y la del hombre evolucionado".*** Si el neo-creyente lo confirma ¿puede echarse a dormir tan pronto ha explicado — según su opinión — cómo el hombre primitivo proviene, por evolución, del animal más desarrollado?.

No, no debe ni puede hacerlo. Y si lo hace, niega todos los cimientos sobre los que fundó sus ideas. Qué contestaría un nuevo creyente, si otro le dijese: He evidenciado cómo los peces se desarrollaron de otros seres vivientes inferiores. Con esto terminé. He comprobado que en todo hay evolución; por lo tanto las especies superiores a los peces deben haberse desarrollado de la misma manera que los peces. Seguramente que el primero no se daría por satisfecho y diría: tus pensamientos ***generales*** de la evolución no son suficientes; debes explicar también cómo se originan los mamíferos, puesto que entre ellos y los peces hay una diferencia mucho mayor que entre los peces y los animales inferiores que les siguen inmediatamente. Y si el nuevo creyente fuese verdaderamente fiel a sus convicciones, debería decir: La diferencia entre las almas humanas primitivas y las evolucionadas es mayor que la diferencia entre las primeras y el alma animal que está inmediatamente debajo de ellas; de manera que debo admitir que en el universo existen causas que en el alma del hombre primitivo producen transformaciones que la hacen evolucionar del mismo modo que las causas por mí señaladas conducen de la forma del animal inferior a la forma superior. Si no lo admito, el origen de las distintas cualidades de las almas humanas será para mí un milagro, como lo sería la existencia de las diversas especies animales para el que no creyese en la transformación de los seres vivientes en virtud de las leyes naturales.

No cabe la menor duda: los nuevos creyentes que se tienen por tan esclarecidos, porque creen haber "arrojado" el milagro fuera del dominio de la vida, ***son los que más creen en milagros; es más, idolatran el milagro en el dominio de la vida anímica.*** Y sólo se diferencian de los otros feligreses, que creen en milagros, porque éstos confiesan francamente su fe, mientras que

ellos ni saben que son presas de la más siniestra superstición.

Y ahora hemos de proyectar la luz en otro rincón de la "nueva creencia". El doctor **PAUL TOPINARD,** nos dio un bello resumen de las enseñanzas modernas sobre el origen de la vida humana en su libro "Antropología". Al final del libro repite en pocas palabras la teoría de la evolución de las formas de los animales superiores, tal como la desarrolló Haeckel y dice: "En el comienzo del período terrestre, denominado laurentino por los geólogos, se formaron las primeras partículas de albúmina, por la unión casual de carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno, lo cual se debería a condiciones que probablemente no volvieron a repetirse en otras épocas. De estas partículas se originaron por generación espontánea las morieras (microorganismos unicelulares). Éstas se dividieron y multiplicaron, formando organismos enteros, y después de una serie de transmutaciones — nueve según Haeckel — se originaron algunos vertebrados como los anfioxos ***(Amphioxus lanceolatus)***". Para nuestro propósito no es necesario seguir todo el proceso; nos limitaremos a citar el final de lo expuesto por Topinard: "En el vigésimo período, el mioceno, apareció el mono antropoide y en el vigésimo primero el mono antropomorfo que aún no posee lenguaje ni el cerebro correspondiente. Finalmente en la vigésima segunda época de la evolución terrestre aparece el hombre tal como lo conocemos, ***pero en sus formas aún menos perfectas***". Y Topinard concluye su trabajo con el cual recopila "las bases científico-naturales de la nueva creencia" con una importante confesión: ***"Aquí termina la enumeración. Haeckel se olvidó del vigésimo tercer grado en el que brillan un Lamarck y un Newton".***

Con esto hemos descubierto un rincón de la "nueva creencia", donde se ve claramente que sus adeptos son infieles a sus propias convicciones. No ***quieren*** elevarse a la esfera del alma humana con los mismos conceptos con que se orientan en la Naturaleza en general. Si lo hiciesen, si penetrasen en lo que Topinard llama el vigésimo tercer grado con las normas elaboradas en el estudio de la Naturaleza externa, tendrían que decir: del mismo modo en que derivamos las especies animales superiores de las inferiores, como resultado de la evolución, así también debemos derivar la naturaleza superior del alma de otra inmediata inferior, por su evolución. No podemos comprender el alma de Newton, si no pensamos que ha tenido su origen en otro ser anímico anterior. Y este ser anímico de ningún modo puede ser buscado en los antepasados físicos. Si se hiciese, se pecaría contra el ***espíritu mismo*** de la investigación científica. ¿Podría pensar un naturalista en que se desarrollase una especie animal de otra, si ésta fuese físicamente tan diferente de la

primera, como lo es, en el ***sentido anímico,*** Newton de sus antepasados?. La idea es, sin duda, que una especie animal procede de otra anterior parecida, de solamente un grado inferior de desarrollo. Por consiguiente, el alma de Newton debe haberse originado de otra que le era parecida, pero de un grado evolutivo inferior. El alma de Newton se me revela en su biografía. Llego a conocer a Newton por su biografía, como reconozco el león por la descripción de su especie. Y comprendo la especie, si me imagino que procede de otra inferior respecto a ella. De manera que comprendo lo que me dice la biografía de Newton, si pienso que sea desarrollado de los caracteres biográficos de un alma que le es parecida, que ***como alma*** le es afín. De esto resulta que el alma de Newton ya existió antes en otra forma, igual que la especie del león ha existido antes en otra forma.

Un pensamiento exacto no puede escapar a esta conclusión, y si los nuevos creyentes no llegan a la misma conclusión, es porque no tienen la valentía de llevar sus pensamientos hasta el fin. Pensados hasta el fin, nos dan la certeza de la reaparición de la entidad que se describe en la biografía. Si la ciencia no quiere renunciar a su teoría de la evolución, debe aplicarla también a la evolución del alma, pues sólo quedan dos posibilidades: o cada alma individual ha sido ***creada por un milagro*** como tendrían que haberlo sido las especies de los animales, si no se hubiesen desarrollado unas de las otras, o el alma ha evolucionado y ha existido antes en otra forma, como cada especie animal ha existido antes en otra forma.

Algunos de los pensadores modernos que todavía han conservado algo de claridad y valor para un pensamiento preciso y consecuente, ofrecen un ejemplo viviente de lo dicho. Aunque se parecen a los nuevo-creyentes en que tampoco pueden aceptar ideas tan desacostumbradas como las de la evolución del alma, tienen por lo menos el coraje de reconocer que la única alternativa reside entonces en el milagro de la ***creación del alma.*** En la obra sobre psicología del profesor Juan Rehmke, uno de los mejores pensadores de nuestra época, podemos leer lo siguiente: “La idea de la creación, nos parece la única adecuada para acercarnos, aunque sea en algo, al misterio del origen del alma”. Rehmke llega a reconocer un ser universal consciente, del cual dice que “siendo este ser la única condición para el origen del alma, debería llamarse ***“creador del alma”.*** Así habla un pensador que no quiere dejarse vencer por el sueño espiritual y al que, sin embargo, le falta la capacidad de reconocer la idea de que cada alma individual proviene de una forma anterior de su existencia. Rehmke tiene el valor de hablar del milagro, ya que no puede elevarse a la idea antroposófica de la reaparición del alma, o sea la

reencarnación. Pensadores empero, que van hasta las últimas consecuencias del razonamiento científico, llegan ***necesariamente*** a dicha idea. En el libro del profesor de filosofía de Góttingen, Julius Baumann, sobre "Nuevo Cristianismo y Religión", encontramos entre las treinta y nueve proposiciones de su "Ensayo sobre la idea intrínseca de la religión vista desde la realidad científica" también la siguiente (número veintidós): "Así como en la Naturaleza inorgánica no desaparecen los elementos y las fuerzas físico-químicas, sino que solamente cambian de combinación, así también debemos suponer que llegaremos a resultados similares en cuanto a las fuerzas orgánicas y orgánico-espirituales, si seguimos el mismo método científico-real. ***El alma humana como unidad formal, como Yo de enlace, vuelve en nuevos cuerpos humanos y así puede vivir a través de todas las etapas de la evolución de la humanidad".***

El que tiene verdaderamente el coraje de profesar su fe en las ciencias naturales del presente, tiene que pensar así. Esto no ha de interpretarse como si quisiéramos decir que las personalidades sobresalientes de la "nueva creencia" son personajes sin valentía en el sentido común de la palabra. Para luchar por las nuevas ideas científicas, en contra de las fuerzas opuestas del siglo XIX, se necesitaba muchísimo coraje. ******** . Pero este coraje es distinto de la valentía superior que se necesita frente al pensar consecuente, y es justamente este pensar consecuente que se echa de menos en los naturalistas del presente, que pretenden fundar una concepción del mundo en base al espíritu de sus propios conocimientos.

Es realmente desconsolador leer las palabras del químico Alberto Ladenburg (Breslau), quien expresó en una de las últimas convenciones de investigadores de las ciencias naturales: "¿Conocemos acaso un substrato del alma?. Yo no conozco ninguno". Y luego, después de esa confesión: "¿Qué piensan ustedes de la inmortalidad?. Creo que en esta cuestión, más que en cualquier otra, es ***el deseo*** el que engendra la idea, pues yo, por mi parte, no conozco ningún hecho científicamente comprobado que pueda aducirse a favor de esta idea". ¿Qué diría este docto señor, si se encontrara ante un disertante que dijera: "Yo no sé nada de química y por eso niego las leyes químicas, pues no conozco ningún hecho científicamente comprobado, en los que pudiéramos fundar estas leyes"? Sin duda le contestaría: ¿Qué nos importa tu ignorancia de la química?. Estúdiala y luego habla. El profesor Ladenburg no conoce ningún substrato del alma; pues entonces que no incomode al mundo con los resultados de su ignorancia.

El investigador científico estudia una forma animal de la que se ha

desarrollado otra, para comprender esta última. Y si el psicólogo quiere permanecer fiel a la escuela de las ciencias naturales, debe estudiar del mismo modo la forma del alma que precede a otra, para conocer esta última. Los investigadores explican la forma del cráneo de los animales superiores por una transformación de los cráneos de los animales inferiores. Del mismo modo debieran explicar todo lo relacionado con la biografía de un alma en base a la biografía del alma de la cual aquélla ha provenido. Los estados posteriores son ***efectos*** de otros anteriores; quiere decir, que los estados físicos son efecto de estados físicos precedentes, pero también los anímicos de anímicos precedentes. Esta es la ***ley del karma*** que dice: Todo lo que soy y hago en esta vida no existe por sí solo como un milagro, sino que se vincula, como efecto, con las anteriores formas de existencia de mi alma, y como causa, con otras posteriores.

Las personas que observan la vida humana, atentos los ojos del espíritu y no conocen, o no quieren reconocer esta ley tan significativa, se encuentran constantemente ante enigmas de la vida. Quiero mencionar un ejemplo entre muchos. En el libro de Maurice Maeterlinck "El Templo Sumergido", se habla de uno de estos enigmas que confunden a los pensadores del presente, porque ignoran las grandes leyes de causa y efecto en la vida espiritual, es decir la ley del karma. Los seguidores fanáticos de los dogmas estrechamente limitados de la "nueva creencia", ni tienen sensibilidad alguna para advertir estos enigmas. Maeterlinck trae uno: "Si me tiro al agua en un día muy frío para salvar al prójimo, o si me caigo al agua porque quiero tirarlo a él, no hace ninguna diferencia en lo que respecta al resfrío que esto trae como consecuencia; ningún poder en el cielo o en la Tierra, excepto yo mismo o él (si puede) aumentará mi sufrimiento por cometer un crimen, o me aliviará el dolor, por haber realizado un acto virtuoso". Por cierto, si la observación se dirige únicamente hacia los hechos físicos, no hay diferencia entre uno y otro caso, pero ¿podemos decir que es ésta una observación ***completa***?. Quien lo afirme, ve las cosas desde el mismo punto de vista que el observador de dos niños guiados por dos maestros diferentes. Ambos trabajan la misma cantidad de horas con sus alumnos y cumplen el mismo plan de estudios; pero si el observador indagase más profundamente, encontraría grandes diferencias entre los resultados y comprendería, por qué uno de los niños va a transformarse en un hombre de poca capacidad, y el otro, en cambio, de excelentes cualidades.

Y si uno tiene en cuenta las relaciones anímico-espirituales y contempla las consecuencias para las almas de las personas mencionadas más arriba,

tendrá que decirse: Las consecuencias del resfrío son experiencias anímicas y si no las quiero tomar como milagros, debo considerarlas como causas y efectos en la vida del alma. En el caso del salvamento de una vida, las consecuencias tendrán su origen en otras causas que en el caso de un crimen, o producirán otros efectos en uno u otro caso. Y si no puedo encontrar estas causas y efectos en la vida presente de las personas, si en esta vida no se nota la diferencia, debo buscar la compensación, en una vida anterior o en una futura. Procedo entonces ***exactamente como lo hace el científico de la ciencia natural*** en el terreno de los hechos externos; él también explica que la ceguera de los animales que moran en las cavernas se debe a experiencias ***anteriores,*** y presume que las condiciones de hoy, tendrán sus efectos en futuras configuraciones de razas y especies.

Quien no quiere reconocer la existencia de una evolución en lo anímico-espiritual, no tiene derecho a hablar de evolución en la naturaleza externa. Se comprenderá que reconocer lo que antecede, o sea la ampliación del conocimiento de la Naturaleza, más allá de la Naturaleza misma, significa más que simple conocimiento. Pues esta ampliación transforma el conocimiento en vida; no enriquece tan sólo el saber del hombre, sino que le da la fuerza para orientar sus pasos en la vida. ***Le*** indica ***de dónde viene y a dónde va.*** Y le indicará este "de dónde" y "a dónde" para lo que precede al nacimiento y para lo que está más allá de la muerte, si él sigue incansable en la dirección que le señala el conocimiento. Sabe que todo lo que hace desemboca en una gran corriente que fluye de eternidad en eternidad. Cada vez más elevado será el punto de vista desde el cual regula su vida. Una densa neblina envuelve al hombre antes de alcanzar estas miras, porque no tiene idea de su verdadero ser, de su origen y de sus fines. Sigue los impulsos de su naturaleza sin conocimiento de ellos. Tiene que decirse que quizá tomaría otros caminos si pudiese iluminarlos con la luz del conocimiento. El sentimiento de responsabilidad para con la vida crece bajo la influencia de este modo de pensar y sentir; y si el hombre no cultiva este sentimiento de responsabilidad niega, en un sentido más elevado, lo humano en sí mismo. Buscar el conocimiento sin el objetivo del ennoblecimiento humano, no significa más que la satisfacción de una curiosidad más refinada. Elevar el conocimiento a la comprensión de lo espiritual, para que se transforme en fuerza de vida, es — en sentido más elevado — el ***deber.*** Buscar el "de dónde y a dónde" del alma, es, por consiguiente, un deber que incumbe a cada uno de nosotros.

NOTAS:

***** Debo insistir en esto, porque son muchos los lectores que no leen con la debida atención e interpretan las cosas a su gusto, por más que el autor se esfuerce en dar expresión ***exacta*** a su pensamiento. Por eso quiero agregar que no combato a las personas que estudian el problema de la creación de la vida sobre la base de una verdadera ciencia natural. Aunque fuera posible que substancias "sin vida" pudieran unirse para formar albúmina viviente, eso no quiere decir que la idea de Redi, exactamente comprendida, sea errónea.

****** Los adictos a la escuela Wundt me criticarán acerbamente, porque hablo de un modo tan anticuado de "alma". Ellos siguen ciegamente las enseñanzas de su maestro, según el cual no puede hablarse de un "alma", porque de esta substancia psíquica "sobrenatural" no ha restado más que un "complejo de procesos" al "desvanecerse en lo trascendental la mitologización de los fenómenos". De acuerdo con esta sabiduría tampoco deberíamos hablar del "lirio", ya que se trata únicamente de un conjunto de colores, formas, procesos de crecimiento, etc. (***Wundt:*** Ciencia natural y psicología, Leipzig 1903).

******* A las personas que quieren llegar rápidamente a los conocimientos de la ciencia espiritual, les impacientara quizás esta manera minuciosa de exponer los hechos de la ciencia natural bajo una luz que los revele como fundamento sólido de la enseñanza antroposófica. Estas personas dirán: "Nosotros queremos oír algo sobre ciencia espiritual y ustedes nos cuentan cosas de la ciencia natural que cada persona, regularmente instruida ya sabe". Pero esta objeción muestra claramente que nuestros contemporáneos ***no quieren pensar.*** Las personas que hablan así *no* conocen la envergadura de sus conocimientos. Él astrónomo no conoce las consecuencias de la astronomía, ni el químico las de la química, etc. ***Para estas personas no hay otra salvación que escuchar modesta y tranquilamente, cuando se les muestra que - debido a la superficialidad de su pensar - no conocen en realidad lo que en su engreimiento creen haber investigado a fondo.*** Pero también los antropósofos suelen pensar que no es necesario que las enseñanzas de reencarnación y karma se expongan partiendo de las ciencias

naturales.

No saben que ***ésta es la misión*** de la humanidad europea y americana, y que ésta ***no podrá penetrar realmente*** en la ciencia espiritual ***sin el fundamento de la ciencia natural.*** El que quiera repetir únicamente las enseñanzas de los grandes maestros orientales, no puede llegar a ser antropósofo dentro de la cultura europeo-americana.

******** Nadie puede reprochar al autor de este trabajo, desconocimiento de los grandes méritos de los nuevos creyentes, porque él mismo los pondera en su libro "Los Enigmas de la Filosofía". Allí expone sus méritos en relación con la evolución de la época, y con pleno reconocimiento de su valor.

CAPÍTULO II
¿CÓMO OBRA EL KARMA?

El sueño ha sido llamado muchas veces el hermano menor de la muerte. Esta metáfora es más profunda de lo que parece a primera vista; es un símbolo real de las sendas espirituales del hombre, porque nos da una idea de la relación que existe entre las distintas encarnaciones del espíritu humano, por las que pasa este espíritu. En el trabajo precedente "Reencarnación y Karma" hemos mostrado que el pensamiento moderno de las ciencias naturales, bien entendido conduce de por sí a la antiquísima enseñanza sobre la evolución del eterno ser espiritual del hombre a través de muchas vidas. Este conocimiento va necesariamente seguido de la pregunta: ¿Cómo se vinculan estas vidas unas con otras?. ¿En qué sentido es la vida de un hombre efecto de encarnaciones anteriores y cómo llega a ser causa de otras siguientes?. La comparación con el sueño nos ofrece una ***imagen*** de esta relación entre causa y efecto. ***** . Me levanto por la mañana. Mis actividades fueron interrumpidas por la noche, y no las puedo reasumir en forma arbitraria si en mi vida ha de reinar orden y coordinación. Mis quehaceres de ayer han creado las condiciones para lo que tendré que hacer hoy. Debo continuar de acuerdo con los resultados de la actividad de la jornada pasada. En el pleno sentido de la palabra se puede decir: Mis actividades de ayer forman mi destino de hoy. Yo mismo he creado las causas a las que tendré que agregar los efectos. Vuelvo a encontrar las causas después de haberme apartado de ellas por un corto tiempo; forman parte de mi ser a pesar de esta separación.

Aún en otro sentido son míos los efectos de mis vivencias de ayer, puesto que me cambiaron en cierto modo. Supongamos que ayer emprendí algo que no logré más que a medias. Reflexiono para hallar el por qué de mi malogramiento. Si me toca hacer algo semejante en otra oportunidad, evitaré cometer los errores que he reconocido. Quiere decir que he adquirido una nueva facultad. Las vivencias de ayer son así las causas de mis facultades de hoy. El pasado permanece unido conmigo; vive en mi presente y seguirá viviendo en mi futuro. Debido a mi pasado he creado la situación en la que me hallo hoy. Y el ***sentido de la vida*** exige que permanezca unido a esta situación. Sería absurdo que yo me construyese una casa y no la ocupase, siempre que no intervinieran circunstancias especiales que lo impidiesen.

No podría hablar de haberme ***despertado*** esta mañana, sino que tendría que haber sido creado de la nada, si los efectos de mis acciones de ayer no constituyesen mi destino de hoy. Y el espíritu humano tendría que nacer de la nada, ser ***creado*** cada vez de nuevo, si los resultados de sus vidas anteriores no permaneciesen unidos con las posteriores. Realmente, el hombre no puede vivir en situación alguna que no haya sido causada por su vida anterior. Es tan imposible como les es imposible vivir fuera de las cavernas de Kentucky a los animales que perdieron la facultad de la vista al inmigrar en ellas. Con su acción, la inmigración en las cavernas, han creado las condiciones de su vida posterior. Una vez que un ser ha sido activo, ya no vive aislado; ha vertido su propio ser en sus acciones. Y toda su posterior evolución quedará vinculada á las consecuencias de sus acciones. Este vínculo de una entidad con los resultados de sus acciones es la ley del ***karma*** que gobierna el mundo entero. La actividad convertida en destino: esto es karma.

Y el sueño es tan buen símil de la muerte, porque durante el sueño, el hombre se encuentra realmente retirado del escenario en que le espera su destino. Mientras dormimos, continúan los acontecimientos de este escenario. Por un tiempo no tenemos influencia sobre ellos. Sin embargo, al despertar volvemos a encontrar los efectos de nuestras acciones y debemos partir de ellos. Nuestra personalidad se incorpora todas las mañanas nuevamente a nuestro mundo de actividad. Lo que estuvo separado de nosotros durante la noche, nos envuelve, por decirlo así, como un manto durante el día.

Lo mismo sucede con las acciones de nuestras encarnaciones anteriores. Sus resultados están integrados al mundo en que habíamos estado encarnados, pero nos pertenecen a nosotros, como la vida en las cavernas pertenece a los animales que perdieron la vista debido a su estadía en la oscuridad. Así como estos animales no pueden vivir, si no es en el medio al que se adaptaron, así el espíritu humano no puede vivir si no es en el medio creado por sus propias acciones y que le corresponde como tal.

Cada mañana se renueva la presencia de lo anímico en nuestro cuerpo. Los investigadores de las ciencias naturales admiten, que no pueden comprender este hecho mientras se limiten al uso de las leyes obtenidas en el mundo ***físico***. Recordemos lo que Du Boys-Reymond dice en su disertación “Límites del conocimiento de la Naturaleza”: “Si las ciencias naturales (DuBoys-Reymond dice “astronómicas”) penetrasen en un cerebro, por una u

otra razón inconsciente — por ejemplo, cuando duerme sin soñar — entonces ya no habría secretos en él, y con el conocimiento científico del resto del cuerpo habríamos descifrado toda esta máquina humana con su respiración, su circulación, su metabolismo, su calor y así sucesivamente hasta la naturaleza misma de la materia y la energía. El hombre que duerme sin soñar ofrece tan pocos secretos como el mundo anterior al desarrollo de la conciencia. Pero como el mundo se tornó doblemente incomprensible con los primeros vestigios de conciencia, así se torna incomprensible el hombre durmiente apenas asome la primera imagen del ensueño". Esto no puede ser de otra manera, pues lo que el investigador describe aquí como hombre que duerme sin soñar, es aquello de la naturaleza humana que solamente está sujeto a las leyes físicas, pero que en el momento en que vuelve a mostrarse ***animado,*** obedece a las leyes de la vida anímica. Durmiendo, el cuerpo humano obedece a las leyes físicas; pero tan pronto despierta el hombre, se enciende la luz de su obrar racional en la existencia física. Podemos decir con Du Boys-Reymond: Un ***cuerpo*** dormido se puede examinar desde todos los ángulos: su ser anímico no se encontrará en él; pero este ser anímico reasume el curso de su actividad racional allí donde lo interrumpió al dormirse. De manera que, visto bajo este aspecto, el hombre pertenece a dos mundos. En uno de ellos vive con el cuerpo, y esta vida corpórea puede abarcarse con las leyes físicas; en el otro vive espiritual e intelectualmente y de esta vida nada puede conocerse mediante leyes físicas. Si queremos estudiar la vida física, tenemos que recurrir a las leyes físicas de las ciencias naturales; pero si queremos comprender la vida intelectual y espiritual, debemos conocer las leyes del obrar racional; por ejemplo, las de la lógica, del Derecho, de las ciencias económicas, de la estética, etc.

El cuerpo durmiente que sólo obedece a las leyes físicas, nunca podrá realizar algo conforme a las leyes de la razón. El espíritu humano, empero, introduce estas leyes en el mundo físico. La medida de su aporte en este sentido determinará cuánto habrá de reencontrar, luego de una interrupción, al retomar el hilo de su actividad.

Detengámonos unos momentos más en la imagen del sueño. El hombre debe vincular su actividad de hoy con la de ayer, si la vida ha de tener sentido. No podría hacerlo, si no se sintiese relacionado con dicha actividad. Yo no podría retomar mi actividad de ayer, si no hallara nada de ella en mí. Si hubiese olvidado todo lo que experimenté ayer, sería una persona nueva y no podría retomar hilo alguno. Es la ***memoria*** la que me permite retomar mi actividad de ayer. Esta memoria me une con los efectos de mí obrar. Aquello

que pertenece propiamente a mi vida racional, la lógica, por ejemplo, es la misma hoy y ayer; puede aplicarse también a las cosas que no vi ni ayer ni ***nunca.*** Mi memoria une mi actividad lógica de hoy con la de ayer, y si dependiese únicamente de la lógica, podríamos comenzar efectivamente, todas las mañanas, una nueva vida; pero la memoria conserva lo que nos une con nuestro destino.

Resulta pues que todas las mañanas me vuelvo a encontrar como una entidad triple. Encuentro mi cuerpo que durante mi sueño estuvo sometido a las leyes meramente físicas. Me encuentro a mí mismo, a mi espíritu humano, que es el mismo hoy que ayer, y que posee el don del obrar racional como ayer. Y, conservado en mi memoria, encuentro todo lo que el día de ayer, y lo que todo mi pasado ha hecho de mí.

Con esto también tenemos una ***imagen*** de la entidad ternaria del hombre. Cada vez que el hombre vuelve a encarnarse, se encuentra en un organismo físico sometido a las leyes de la Naturaleza exterior. Y en cada encarnación se manifiesta el mismo espíritu del hombre y es, como tal, el ser ***eterno*** de las diferentes encarnaciones. ***Cuerpo*** y ***espíritu*** se hallan uno enfrente de otro. Entre ellos debe existir un eslabón, como lo es la memoria entre mis hechos de ayer y los de hoy. Este eslabón es el ***alma.*** Ella conserva los efectos de mis acciones de vidas anteriores y hace que el espíritu aparezca en una nueva encarnación, dotado de todo aquello que en vidas anteriores ha podido adquirir. ***Así se relacionan entre sí cuerpo, alma y espíritu.*** El espíritu es ***eterno;*** **el** ***nacimiento*** y la ***muerte*** imperan en la corporalidad según las leyes del mundo físico; el alma vuelve a unir, siempre de nuevo, el espíritu con el cuerpo, tejiendo el *destino* con el hilo de nuestras acciones.

Al comparar el alma con la memoria también podemos referirnos a la literatura científica actual. El naturalista ***Ewald Hering*** publicó (en 1870) un trabajo titulado: “La memoria como función general de la materia organizada”. **ERNST HAECKEL,** cuyas ideas coinciden con las de Hering, dice en su trabajo sobre la formación de las partículas de la vida: “Sin la hipótesis de una ***memoria inconsciente*** de la materia viviente no podrían explicarse realmente las funciones más importantes de la vida. Las facultades de la representación mental y la concepción de ideas, del pensar y la conciencia, de la ejercitación y la habituación, de la nutrición y reproducción, se fundan en la función de la ***memoria inconsciente,*** cuya acción es mucho

más importante que la de la memoria consciente. Con razón dice Hering, que nosotros debemos a la memoria casi todo lo que somos y tenemos". Haeckel trata luego de atribuir a esta memoria inconsciente todos los procesos de la herencia en los seres vivientes. Que los seres se parecen a sus procreadores, que las cualidades de estos últimos se transmiten por herencia a los primeros, se atribuye a la ***memoria inconsciente*** de lo viviente que guarda el recuerdo de las formas precedentes a través de la reproducción. Aquí no cabe analizar la veracidad de esta teoría; lo importante para nuestro propósito es que el investigador de la ciencia natural se vea obligado a presumir una esencia parecida a la memoria, allí donde se trata de algo que trasciende el nacimiento y la muerte, algo que perdura más allá de la muerte. Donde las leyes de la naturaleza física son insuficientes, se vale naturalmente de una fuerza suprasensible.

Téngase bien presente que al hablar de la memoria como lo hicimos aquí, se trata tan sólo de una comparación, de una ***imagen*** simbólica. No ha de creerse que por ***alma*** se entiende algo simplemente idéntico a la memoria consciente. En la vida cotidiana tampoco interviene siempre la memoria consciente, si nos servimos de las vivencias del pasado. Conservamos los frutos de estas vivencias, aunque no las recordemos siempre conscientemente. ¿Quién se acordará de todas las peripecias que tuvo que pasar para aprender a escribir?. Es más, ¿quién llegó a vivirlas conscientemente en todos los detalles?. El hábito, por ejemplo, es una especie de memoria inconsciente. Con esta comparación con la memoria no quisimos más que proyectar una luz sobre el elemento anímico que se interpone entre el cuerpo y el espíritu y obra como intermediario entre lo eterno y el elemento material en la vida entre el nacimiento y la muerte.

El espíritu que se vuelve a encarnar encuentra pues su destino como resultado de sus acciones; y por medio del alma, unida a él, se establece su enlace con este destino. Ahora cabe preguntar: ¿Cómo es posible que el espíritu encuentre los resultados de sus acciones, considerando que al ser reencarnado seguramente estará colocado en un mundo totalmente distinto del de su vida anterior?. Esta pregunta se basa en una idea de la concatenación del destino que ante todo fija la mirada en lo superficial de la vida. Si yo me traslado de Europa a América, también me encuentro en un mundo totalmente nuevo. Mi vida en América, sin embargo, dependerá en gran medida de mi vida anterior en Europa. Si he sido mecánico en Europa, tendré otro destino en América que si fui empleado de Banco. En el primer caso probablemente estaré rodeado de máquinas, en el segundo, de papeles bancarios. Siempre es

la vida anterior que determina el mundo que me rodea y que en cierto modo atrae hacia mí las cosas que tienen afinidad con aquella vida. Lo mismo sucede con mi alma-espíritu. Ella se rodea necesariamente de aquello que le es afín según su vida anterior. Nadie podrá decir que esto contradice a la comparación de sueño y muerte, si tiene presente que se trata solamente de una comparación, aunque, por cierto, de una comparación muy acertada.

Que yo encuentre al despertarme por la mañana, la situación creada por mí mismo el día anterior, se debe ***directamente*** al curso de los hechos. Que yo encuentre al reencarnarme, un mundo circundante que corresponde al resultado de mis acciones en la vida anterior, se debe a la afinidad de mi alma-espíritu con las cosas que la rodean en la nueva vida.

Lo que me introduce ***directamente*** a este mundo son las cualidades de mi alma-espíritu al encarnarse, pero sólo poseo estas cualidades, porque las acciones de mis vidas anteriores las han impreso en mi alma-espíritu. De manera que aquellas acciones son las ***verdaderas causas*** de las condiciones que encuentro al nacer. Y lo que hago hoy, será ***una*** de las causas de las condiciones que me serán deparadas en una vida posterior. De hecho, el hombre crea así su destino. Esto sólo parece incomprensible, mientras consideremos cada vida como si fuese única y no un eslabón en la cadena de vidas sucesivas.

Realmente puede decirse que al hombre en la vida no le ocurrirá nada que no esté determinado por las condiciones por él mismo creadas. La comprensión de la ley del destino — el karma — también nos enseña “por qué frecuentemente el bueno tiene que sufrir, mientras que el malo puede ser feliz”. Esta aparente disonancia dentro de los límites de ***una sola*** vida desaparece, si la mirada se amplía a muchas vidas. Naturalmente la ley del karma no puede concebirse cual un juez cualquiera o como la justicia temporal. Esto equivaldría a imaginar a Dios como un anciano de barba blanca. Es así como piensan muchos, y principalmente los opositores a la idea del Karma parten de tales conceptos erróneos. Combaten un concepto que ***ellos*** adjudican a los partidarios de la idea del karma y no aquel que sustentan los verdaderos conocedores del tema.



¿Qué relación tiene el hombre con el mundo físico circundante, cuando desciende a una nueva encarnación?. Esta relación resulta, por un lado, de su alejamiento del mundo físico durante el tiempo transcurrido entre las dos

encarnaciones; y, por el otro lado, de su evolución durante este mismo tiempo. Se entiende desde ya, que en ***esta*** evolución no puede influir el mundo físico, puesto que el alma-espíritu se halla ***fuera*** de él. Todo lo que sucede en el alma, debe surgir de ella, o bien del mundo suprafísico. El mundo de los hechos físicos con él que estaba ligada, ya no ejerce una influencia ***directa*** sobre ella. Lo que de ese mundo le ha quedado, es sólo aquello que hemos comparado con la memoria. Este "resto de memoria" consta de dos partes, que se evidencian si se considera lo que ha contribuido a su formación. El espíritu ha vivido en el cuerpo y en consecuencia ha entrado en contacto con el mundo físico circundante. Por medio del cuerpo, este contacto dio origen a instintos, impulsos, pasiones que a su vez motivaron acciones en el mundo externo. El hombre obra bajo la influencia de estos instintos, impulsos y pasiones debido a su ser corporal. Y éstos tienen un doble significado. Por un lado imprimen su sello en las acciones externas que realiza el hombre; y por el otro lado forman su carácter personal. La acción que ejecuto es la consecuencia de mis deseos; y yo, como personalidad, soy la expresión de estos deseos. La acción se imprime en el mundo externo; los deseos permanecen en el alma del mismo modo que la idea, en mi memoria. Y así como se intensifica la representación conceptual en mi memoria con cada nueva impresión de la misma índole, así también se intensifica el deseo con cada nueva acción que realizo bajo su influencia. De manera que debido a mi existencia corporal vive en mi alma un gran número de impulsos, deseos y pasiones. Su totalidad es llamada "cuerpo de los deseos" (kama rupa). Este "cuerpo de los deseos" está íntimamente relacionado con la existencia física, puesto que se origina bajo la influencia de la corporalidad física. Por lo tanto, no puede continuar su desarrollo desde el momento en que el espíritu deja de estar encarnado. El espíritu debe liberarse del "cuerpo de los deseos", en tanto había quedado relacionado a través de él con la vida física finalizada. A la vida física le sigue otra en la que tiene lugar esta liberación. Se podría preguntar: ¿no es destruido el "cuerpo de los deseos" con la muerte?. La respuesta es: no, pues en la medida en que en cada instante de la vida física la satisfacción es excedida por el deseo, éste subsiste al haber cesado la posibilidad de su satisfacción. Sólo en el hombre sin deseos frente al mundo sensorial no existe tal exceso; sólo él muere sin que retenga en su espíritu un cúmulo de apetencias. Lo que de ellas haya quedado, debe apagarse en cierto modo después de la muerte. El estado de esta paulatina extinción se llama "estadía en el lugar de los deseos" (en el kama loca). Se comprende fácilmente que este período debe durar tanto más, cuanto más ligado a la vida sensorial haya estado el hombre.

La segunda parte del "resto de memoria" se forma de otra manera. Así como el espíritu es atraído al pasado por los deseos, así lo orienta hacia el porvenir esta segunda parte. La actividad desplegada en el cuerpo por el espíritu le hizo conocer el mundo al que el cuerpo pertenece. Cada nuevo esfuerzo, cada nueva experiencia, aumenta este conocimiento. Si una cosa se hace por segunda vez, suele hacerse mejor. La experiencia, la vivencia se imprime en el espíritu como un aumento de sus facultades. Nuestra experiencia obra así sobre el futuro, y cuando ya no tengamos oportunidad de hacer nuevas experiencias, nos queda el resultado de ellas como "resto de memoria". Pero ninguna experiencia podría tener influencia en nosotros, si no tuviésemos la facultad de sacarle provecho. Su significado para el futuro depende de cómo la asimilemos y de lo que podamos hacer de ella. Una vivencia era para Goethe otra cosa que para su mucamo y tenía otras consecuencias para el primero que para el segundo. De manera que las facultades que adquirimos a través de una experiencia, dependen del trabajo espiritual que hacemos en conexión con ella. En todo momento de mi vida poseo una determinada suma de resultados, obtenidos de mis experiencias, y esta suma constituye la probabilidad de adquirir facultades que más tarde podrán manifestarse. Al terminar la encarnación, el espíritu humano lleva esta suma de experiencias adquiridas, a la vida suprasensible. Encontrándose ahora sin el vínculo corporal con la existencia física, y habiéndose liberado de los deseos que lo habían atado a ella, queda con el fruto de sus experiencias. Y este fruto se halla totalmente liberado de la influencia inmediata de la vida ***pasada.*** Ahora el espíritu puede dedicarse exclusivamente a la transformación de este fruto para el ***porvenir.*** Después de haber dejado la "región de los deseos" el espíritu llega así a un estado en que las experiencias de sus vidas anteriores se transforman en gérmenes, predisposiciones, facultades, etc., para el futuro. La vida del espíritu en este estado se llama estadía en el "lugar de la gloria" (devachan). ("Gloria" puede expresar un estado que hace olvidar todas las preocupaciones por el pasado y en que el corazón late para el futuro solamente). Se entiende que este estado durará tanto más cuanto mayor sea, al morir, la posibilidad de adquirir nuevas facultades. Es natural que en este libro no se pueda tratar de exponer todos los conocimientos que se refieren al espíritu humano; sólo queremos mostrar cómo obra la ley del karma en la vida física. Para ello, basta saber qué es lo que el espíritu lleva consigo al mundo suprasensible, y lo que vuelve a traer de él a la nueva encarnación. Él trae los resultados de las experiencias hechas en vidas anteriores convertidos en cualidades de su ser. Para comprender la trascendencia de lo expuesto, basta

elucidarlo mediante el siguiente ejemplo: Kant dice: “Dos cosas llenan el alma de admiración: el cielo estrellado en lo alto y la ley moral en mi alma”. Toda persona que piensa, debe admitir que el cielo estrellado no se ha creado de la nada, sino que se ha formado paso a paso. Kant mismo trató de explicar la formación paulatina del cosmos en su libro fundamental del año 1755. Pero tampoco debe aceptarse el hecho de la ley moral sin explicación, porque tampoco ella ha surgido de la nada. En las primeras encarnaciones por las que ha pasado el hombre, la ley moral no habló en él como habló más tarde en Kant. El hombre primitivo actúa como corresponde a sus deseos, lleva las experiencias de tal obrar consigo, a los estados suprasensibles, donde se transforman en facultad superior. En una encarnación posterior, el hombre no actúa meramente según sus deseos, sino que éstos ya comienzan a ser guiados por los resultados de las experiencias anteriores. Y se necesitan muchas encarnaciones hasta que el hombre, al principio enteramente entregado a sus deseos, llegue a evidenciar la ley moral acrisolada, que Kant comparaba con algo tan maravilloso como el cielo estrellado.



El mundo circundante en que nace el hombre al encarnarse nuevamente, le aporta los resultados de sus acciones como su destino. El mismo entra en este mundo que le rodea con las facultades que de sus vivencias anteriores se ha forjado durante sus estados suprasensibles.

En consecuencia, sus experiencias en el mundo físico se desarrollarán generalmente a un nivel tanto más elevado cuanto mayor sea el número de sus encarnaciones pasadas, o cuanto mayor haya sido su esfuerzo durante sus encarnaciones anteriores. El peregrinaje a través de las encarnaciones se convierte así en una evolución ascendente El tesoro que sus experiencias acumulan en su ser espiritual, será cada vez más rico; y así será cada vez mayor la madurez con que enfrentará al mundo que lo rodea y a su destino. Cada vez más se convertirá en dueño de su destino. Pues, lo que él adquiere a través de sus experiencias, es precisamente la comprensión de las leyes del mundo en que tienen lugar estas experiencias. Al principio, el espíritu se halla desorientado en el mundo circundante; anda a tientas. Pero con cada nueva encarnación se acrecienta la luz en su derredor. El espíritu adquiere el conocimiento de las leyes del mundo circundante; con otras palabras: ejecuta, con una conciencia cada vez más clara, lo que antes hacía en forma semiconsciente. La influencia coercitiva del mundo circundante es cada vez

menor; cada vez más, el espíritu es capaz de determinarse a sí mismo; y este espíritu que se autodetermina, es el ***espíritu libre.*** Actuar en la plena luz de la conciencia es ***actuar libremente.*** (En mi "Filosofía de la Libertad" he tratado de explicar la naturaleza esencial del espíritu humano libre). La plena libertad del espíritu humano representa el supremo ***ideal*** de su evolución. No se puede preguntar: ¿Es el hombre libre o no?. Los filósofos que plantean el problema así, no llegarán nunca a pensamientos claros sobre el mismo, puesto que en el estado actual de su evolución, el hombre no es libre, ni deja de serlo; se halla en el camino hacia la libertad. En parte es libre, en parte no lo es. Es libre en la medida en que haya adquirido conocimientos y conciencia del orden universal. Que nuestro destino, nuestro karma nos toque con absoluta necesidad, no restringe nuestra libertad. Pues cuando actuamos, enfrentamos nuestro destino con el grado de independencia que hemos adquirido hasta ese momento. Aquí no obra el destino, sino que actuamos nosotros de conformidad con las leyes del destino.

Si enciendo un fósforo, la llama se produce según precisas leyes; pero yo he provocado este efecto de esas leyes. Asimismo, sólo puedo ejecutar una acción en el sentido de firmes leyes de mi karma; pero soy yo quien provoca el efecto de esas leyes. Y a consecuencia de mi acción de hoy, se crea nuevo karma, así como el fuego sigue produciendo sus efectos según precisas leyes naturales, después que yo lo he encendido.

Así también puede elucidarse otra duda capaz de surgir con respecto al obrar de la ley del karma. Podría decirse: si el karma es una ley inalterable, sería absurdo prestar ayuda a otro. Pues lo que le toca, es consecuencia de su karma, de manera que es absolutamente ***necesario*** que le toque esto o aquello. Ciertamente, no me es posible anular los efectos del destino que el espíritu humano se ha creado en encarnaciones anteriores. Pero se trata de cómo él sabrá vivir con su destino y qué nuevo destino él pueda crearse bajo la influencia del antiguo. Si le presto ayuda, puedo quizás contribuir a que, por medio de sus acciones, su destino tome un giro favorable; en cambio, si me abstengo de prestarle ayuda, podrá suceder lo contrario eventualmente. Ciertamente, todo depende de si mi ayuda será sabia o no.

La evolución ascendente del espíritu humano se consigue en virtud de sus progresos a través de sus encarnaciones sucesivas, y se evidencia por el hecho de que el espíritu adquiere una comprensión cada vez más clara del

mundo en que se encarna. Pero las encarnaciones mismas pertenecen asimismo a dicho mundo. También con relación a ellas, el espíritu evoluciona desde el estado de inconciencia hasta el de la conciencia. Por la senda de su evolución, el hombre llegará al punto en que será capaz de remontar con plena conciencia la mirada retrospectiva a sus encarnaciones pasadas. Esta es una idea de la que uno podrá burlarse; nada más fácil que criticarla con desprecio. Quien lo haga, no tiene noción de la índole de tal verdad. La burla y la crítica se sitúan cual un dragón delante de la puerta del santuario en cuyo interior se revela esa verdad. Es evidente que las verdades que el hombre no puede realizar sino en tiempos venideros, no pueden encontrarse en el presente como hechos efectivos. El único camino para convencerse de la realidad de estas verdades consiste en hacer esfuerzos ***con el fin de alcanzarla.***

NOTAS:

***** Me puedo imaginar que entre las personas educadas en las ciencias naturales modernas habrá muchas que rechazarán estas ideas como totalmente incongruentes. Cosa que comprendo perfectamente porque sé que las personas que no tienen experiencias del mundo suprasensible, y que no tienen bastante reserva y modestia para admitir que quizá pudieran aprender algo todavía, deben sentirse impulsadas a la crítica negativa. Sin embargo, no deberían decir que los hechos tratados aquí “contradicen la razón”; y que “no pueden ser demostrados por la razón”. La razón no puede hacer otra cosa que combinar y sistematizar los hechos. Los hechos se ***experimentan*** pero no se “prueban mediante el raciocinio”. La razón no puede probar la existencia de una ballena. Es necesario haberla visto, o al menos haber escuchado la descripción de alguien que la vio. Lo mismo sucede con los hechos suprasensibles. Si una persona aún no puede experimentarlos por sí misma, debe conocerlos a través de otros que han hecho la experiencia. Yo puedo afirmar que los hechos suprasensibles que describiré a continuación, son para aquel a quien fueron abiertos los sentidos superiores, tan “reales” como la ballena.

COMENTARIOS DEL AUTOR
A raíz de preguntas formuladas por algunos lectores

PREGUNTA: Según la ley de la reencarnación debe pensarse que la individualidad humana posee sus predisposiciones, facultades, etc., como efecto de sus vidas anteriores. No contradice esto al hecho de que semejantes predisposiciones y facultades, como p. ej. el ánimo moral, el talento musical y otras son dadas por herencia directa de padres a hijos?.

Rudolf Steiner: Una interpretación correcta de las leyes de reencarnación y karma no encuentra una discrepancia en lo expresado más arriba. Pero también es cierto que sólo pueden heredarse directamente aquellas cualidades del hombre que son propias de sus cuerpos físico y etéreo. Este último es el portador de todas las funciones vitales (crecimiento y reproducción). Todo lo que se relaciona con estas funciones puede transmitirse directamente por herencia. En menor grado es hereditario aquello que está ligado al así llamado cuerpo anímico, es decir, cierta disposición de las sensaciones. Un agudo sentido de la vista, un oído bien desarrollado, etc., pueden ser consecuencia de que nuestros antepasados hayan adquirido o no semejantes propiedades, susceptibles de ser transmitidas por herencia. En cambio, no puede ser transmitido a los descendientes todo lo relativo al ser espiritual propiamente dicho, p. ej. la precisión y claridad de la mente, la fidelidad de la memoria, el sentido moral, las facultades cognoscitivas y artísticas, etc. Estas son cualidades inherentes a la individualidad que se manifestarán como aptitudes, talento, carácter, etc., en la próxima reencarnación. Pero ha de tenerse en cuenta que el mundo circundante en que el hombre se reencarna, no es algo casual, sino que guarda una relación directa y necesaria con su karma. Supóngase, por ejemplo, que una persona haya adquirido la predisposición para una elevada moral en su vida terrenal precedente. Que esta disposición se manifieste en su nueva encarnación, esto radica en su karma y no sería posible si no se encarnara en un cuerpo de una constitución bien definida. Esta constitución corporal debe ser heredada de los

antepasados. La individualidad que se dispone a encarnar, se siente atraída, por una fuerza que le es inherente, hacia los padres que le pueden dar el cuerpo apropiado. Esto se debe a que esta individualidad ya se une antes de reencarnarse, con las fuerzas del mundo astral que propenden hacia determinadas condiciones físicas. Por ello, el hombre nace en una familia que puede transmitirle las características corporales que concuerdan con sus disposiciones kármicas. En el caso del valor moral podría pues parecer que la cualidad misma haya sido heredada de los padres. En realidad, es así que debido a su ser individual, la persona ha buscado la familia que le posibilite el desarrollo del valor moral. También puede darse el caso, que las individualidades de hijos y padres ya estuvieron unidas en vidas terrenales anteriores y que volvieron a encontrarse precisamente por esta razón. Las leyes kármicas son tan complicadas, que en ningún caso se puede formar un juicio por las apariencias exteriores. Sólo puede hacerlo, en cierta medida, el que posee sentidos espirituales, que le permitan percibir parte de los mundos superiores. Quien sea capaz de observar el organismo anímico (cuerpo astral) y el espíritu (cuerpo mental) además del cuerpo físico, podrá discernir claramente entre lo que una persona ha heredado de sus antepasados y lo que posee como algo propio por haberlo adquirido en vidas terrenales anteriores. Estas cosas se confunden para la mirada común, y es fácil pensar que algo es heredado, cuando en realidad, se debe a condiciones kármicas. El decir que los hijos son dados a los padres como “obsequio”, encierra una gran sabiduría. En el sentido espiritual es absolutamente así. Pero les son dados hijos con ciertas cualidades espirituales, porque son justamente ellos los que tienen la posibilidad de encauzar el desarrollo de esas cualidades espirituales de sus hijos.

PREGUNTA: Entre los argumentos de la ciencia espiritual ¿no se admite la “casualidad” (coincidencia accidental)? Yo no me puedo imaginar, p. ej. que si a causa de un incendio en la sala de un teatro mueren quinientas personas, esto pueda concordar con el karma de cada uno de los implicados.

Rudolf Steiner: Las leyes del karma son tan complicadas, que nadie debería extrañarse, si acontece algo que para el intelecto humano contradice aparentemente la vigencia general de dichas leyes. Hay que tener presente que nuestro intelecto se ha formado ante todo en el mundo físico y comúnmente

sólo admite lo que concuerda con lo aprendido en este mundo. Las leyes kármicas, empero, pertenecen exclusivamente a los ***mundos superiores.*** Por consiguiente, si quisiéramos suponer que algún incidente que nos toca, fuese causado por el karma de la misma manera en que rigen las normas de la justicia en la vida puramente física, tropezaríamos necesariamente con una contradicción. Hay que ver claramente que un incidente que concierne conjuntamente a muchas personas, puede tener, para cada una de ellas, un significado distinto en los mundos superiores. Naturalmente, también puede ser que concatenamientos kármicos entre un número de personas tengan por efecto experiencias terrenales en común. Sólo el que sepa leer claramente en los mundos superiores, podrá decir de qué se trata en cada caso. Si la concatenación kármica de quinientas personas se manifiesta de tal manera que todas ellas mueren al incendiarse un teatro, existen, entre otras, las siguientes posibilidades:

Primero: Es posible que no haya ningún vínculo kármico entre una y otra de las quinientas víctimas del accidente. La experiencia común de la desgracia está en relación con las condiciones kármicas individuales como, por ejemplo, las sombras de cincuenta personas proyectadas sobre una pantalla, con los pensamientos y sentimientos de cada una de ellas. Quizás una hora antes no tenían ***nada*** en común, y una hora después ***tampoco*** lo tendrán. Lo que ellas experimentaron al estar reunidas en el mismo recinto, tendrá su efecto para cada uno en particular. Y el haber estado reunidas, se refleja en la presencia conjunta en la sombra sobre la pantalla. Pero quien del aspecto de esta sombra dedujese algo concerniente a un lazo común entre estas personas, cometería un grave error.

Segundo: Es posible que la experiencia en común de las quinientas personas no tenga nada que ver con relaciones kármicas del pasado, pero que a través de esta vivencia conjunta, se prepare algo que conduce a un encuentro kármico en el ***futuro.*** Quizás estas quinientas personas emprendan una obra común en un futuro lejano y la desgracia las haya unido para los ***mundos superiores.*** La investigación espiritual nos enseña, por ejemplo, que sociedades fundadas en el presente, deben su origen al hecho de que las personas que se asocian han compartido una desgracia en un pasado lejano.

Tercero: Una desgracia común realmente puede ser el efecto de una culpa colectiva de las personas en cuestión. Existe, por lo demás, un sinnúmero de otras posibilidades. Así, por ejemplo, puede producirse una combinación de los tres casos antes mencionados.

Es absolutamente justificado hablar de “casualidad” en el mundo físico.

Y tan cierta como es la proposición: "No existe la casualidad", cuando se trata de ***todos*** los mundos, tan infundado sería borrar la palabra "casualidad", cuando se trata tan sólo de la concatenación de las cosas en el mundo físico.

La coincidencia accidental (casualidad) en el mundo físico se produce porque las cosas suceden en el ***espacio sensorial.*** Por el hecho de suceder en *este* espacio, deben también obedecer a las leyes de este espacio. Pero en él pueden coincidir ***exteriormente*** cosas que por lo pronto nada tienen que ver una con otra, desde un punto de vista interior. Así como la imagen desfigurada de mi cara reflejada por un espejo de superficie irregular, no tiene nada que ver con mi verdadero semblante, así tampoco existe una necesidad de que las causas que hacen caer una teja del techo de una casa, hiriéndome al pasar, se relacionen con mi karma que viene del pasado. El error cometido en este caso, consiste en que muchos tienen una idea demasiado simple de las relaciones kármicas. Suponen, por ejemplo, que si la teja hirió a una persona, tiene que ser que lo merece debido a su karma. Pero esto no es absolutamente necesario. En la vida de todo hombre ocurren constantemente cosas que no tienen nada que ver con una culpa o un mérito en su pasado. Semejantes acontecimientos hallarán su desenlace ***en el futuro.*** El daño que sufro hoy sin culpa, será compensado en el futuro. Una cosa es segura: No hay nada que quede sin compensación kármica. Empero, deberá averiguarse en cada caso, si una experiencia del hombre es efecto de su karma que viene del pasado, o causa de un desenlace kármico del futuro. Y esto no se puede decidir mediante el intelecto acostumbrado al mundo físico, sino únicamente por la experiencia y la observación ocultas.

PREGUNTA: ¿Cómo se explica por la ley de reencarnación y karma que un alma humana de elevado desarrollo deba reencarnarse en un niño indefenso e inmaduro?. La idea de que siempre tengamos que empezar nuevamente al nivel del niño, encierra para muchos algo inadmisible e ilógico.

Rudolf Steiner: La manera en que el hombre puede desempeñarse en el mundo físico, depende enteramente de los órganos que posee. Ideas superiores, por ejemplo, sólo pueden manifestarse en este mundo, si se cuenta con un cerebro perfectamente constituido. Así como el pianista debe esperar hasta que esté construido el piano para poder expresar sus ideas musicales, así también debe esperar el alma hasta que las fuerzas del mundo físico le hayan

formado los órganos corporales, hasta que puedan dar expresión a las facultades adquiridas por el alma en la vida precedente. Las fuerzas de la Naturaleza deben seguir ***su*** camino como el alma, el suyo. Pero desde el principio de la vida de un hombre existe una coordinación de las fuerzas del alma y del cuerpo. El alma trabaja en el cuerpo del niño, aún plástico y flexible, de manera que pueda transformarse más adelante en portador de las fuerzas adquiridas en vidas terrenales anteriores. Pues es en todo sentido necesario que el ser humano reencarnado se adapte a las condiciones de la nueva vida. Si entrase en ella con todos los atributos de sus vidas anteriores, sería un ser extraño en el mundo que lo rodea, puesto que adquirió sus facultades y fuerzas en condiciones de vida bien distintas y dentro de un mundo circundante totalmente diferente. Durante el período de la infancia debe producirse la armonización entre las condiciones anteriores y las actuales. ¿Qué papel haría un antiguo romano, por más inteligente que fuera, si entrase en nuestro mundo actual simplemente con las fuerzas adquiridas en aquella época?. Una fuerza sólo puede aplicarse después de haberse armonizado con el mundo circundante. Por ejemplo, cuando nace un genio, su genialidad ya subyace en el núcleo más íntimo de su ser. Pero el cuerpo espiritual inferior (Kama manas) y el cuerpo astral pueden adaptarse; están indefinidos en cierta medida. Estas dos partes de la entidad humana son transformadas. Para ello obran el núcleo íntimo desde dentro y el mundo circundante desde fuera. Una vez concluido este trabajo, las dos partes pueden servir de instrumentos para las fuerzas adquiridas. De manera que la idea de que siempre tengamos que empezar de nuevo como niño, no encierra nada de ilógico, ni de inadmisible. Inaguantable sería, en cambio, nacer como hombre adulto y desarrollado en un mundo en que fuera un extraño.

PREGUNTA: ¿Son parecidas dos encarnaciones sucesivas, de manera que un arquitecto vuelve a nacer como futuro arquitecto y un músico como futuro músico?.

Rudolf Steiner: Esto puede suceder, pero no es la regla. En este campo es fácil llegar a ideas erróneas, porque se piensa de un modo demasiado trivial sobre las leyes de la reencarnación. Quien, por ejemplo, simpatiza con regiones del Sur, cree haber vivido en tal país en una vida terrenal anterior. Pero el núcleo espiritual del hombre no tiene nada que ver con semejantes

inclinaciones. Éstas sólo tienen importancia para la vida entre el nacimiento y la muerte. Lo que obra de una encarnación a la otra se arraiga más profundamente en el núcleo del ser humano. Tómese, por ejemplo, la vida de un músico. Las armonías y los ritmos espirituales que se evidencian en los sonidos, viven en el núcleo espiritual de este músico, pero los sonidos mismos pertenecen al mundo físico. Pertenecen a las partes del hombre que nacen y perecen. El ser humano espiritual que en una vida es el vehículo apropiado para los sonidos, lo puede ser, en una vida posterior, para la concepción de relaciones aritméticas y geométricas. Y el músico de antes será ahora matemático. Justamente debido a la diversidad de sus vidas y ocupaciones, el hombre, en el curso de sus encarnaciones, se convierte en un individuo omnisciente. Pero, como queda dicho, existen excepciones a esta regla, que entonces encuentran su explicación en las grandes leyes del mundo espiritual.

PREGUNTA: ¿Cómo puede entenderse, según las leyes del karma, que una persona sea condenada a la idiotez por una enfermedad en su cerebro?.

Rudolf Steiner: Sobre estas cosas no debería hablarse en términos especulativos o en base a alguna hipótesis, sino en base a la experiencia científica espiritual. Por eso contestaré con un ejemplo tomado de la realidad. Una persona había tenido que soportar en una vida anterior la desdicha de una existencia en penumbras debido a un cerebro defectuoso. En el período entre la muerte y un nuevo nacimiento, pudo madurar los resultados espirituales de sus experiencias amargas, de la insensibilidad y la indiferencia de los demás, y volvió a nacer como un verdadero genio en el campo de la beneficencia. Un caso como éste muestra claramente, que es un error atribuir todo lo que sucede en la vida al karma que viene del pasado. No hay que pensar que en todos los casos un determinado aspecto del destino, sea consecuencia de una culpa del pasado. Con la misma frecuencia también sucederá que una experiencia, en vez de relacionarse con el pasado, sea causa de una compensación kármica en el futuro. Un idiota no siempre debe su destino a los hechos del pasado, pero las consecuencias kármicas se producirán infaliblemente en el futuro. Así como para un comerciante el estado de cada balance se define por los números en sus libros de contabilidad, sin que esto impida que continuamente se produzcan nuevos ingresos y expendios, así también pueden sumarse nuevos acontecimientos, golpes del destino, etc., en la vida de un hombre, a pesar de

que el “balance de la vida” presenta, en cada momento un aspecto bien definido. Por consiguiente, no debe pensarse en el karma como en un destino del hombre que no admite modificaciones y en que todo se deba a la fatalidad, sino en algo compatible con la libertad y la voluntad del hombre. Karma no exige sumisión a un destino, inalterable; al contrario, da la seguridad de que ninguna acción, ninguna experiencia del hombre queda sin su efecto o se produce sin regla ni ley, sino que rige, una ley justa y compensativa en todo lo que sucede. Precisamente, sin la ley del karma, prevalecería la arbitrariedad en el mundo. Debido a la ley del karma puedo saber que cada uno de mis actos, cada experiencia, se realiza dentro de una ley orgánica. Mi acción es libre, mas su efecto está sometido a la ley del karma. Si el comerciante hace un negocio, actúa libremente, el resultado, empero, se evidenciará en su balance, que obedecerá a las leyes de contabilidad.